

A FRANCISCO A. DE ICAZA

Volveré a la ciudad que yo más quiero  
después de tanta desventura; pero  
ya seré en mi ciudad un extranjero.

A la ciudad azul y cristalina  
volveré; pero ya la golondrina  
no encontrará su nido en la ruina.

Volveré tras un año y otro año  
de miseria y dolor. Como un extraño  
han de verme pasar, solo y huraño.

Volveré por la noche. En la penumbra  
miraré la ciudad que arde y deslumbra  
como nube de chispas que se encumbra.

Buscaré un pobre lecho en la posada,  
y mojaré de llanto la almohada  
y me alzaré de prisa a la alborada.

Veré, a las luces de la aurora, inciertas,  
las calles blancas, rígidas, desiertas,  
los muros grises, las claustrales puertas.

Mis pasos sonarán en las baldosas  
con graves resonancias misteriosas  
y dulcemente me hablarán las cosas.

Desde el pretil del muro desconchado  
los buenos días me dará el granado  
y agregará: —¡Por Dios, cómo has cambiado!

Y la ventana de burgués aliño,  
dirá: —Aquí te esperaba un fiel cariño!—  
Y el templo: —Aquí rezaste cuando niño.

Dirá la casa: —Verme te consuela!—  
¿Nunca piensas en mí?—dirá la escuela;  
y —¡Qué travieso fuiste!—la plazuela.

Y en esa soledad, que reverencio,  
en la muda tragedia que presencié,  
dialogaré con todo en el silencio.

Caminaré; caminaré... Y, serenas,  
mis pasos seguirán, mansas y buenas,  
como perros solícitos, las penas.

\* \* \*

Y tornaré otra vez a la posada,  
y esperaré la tarde sonrosada,  
y saldré a acariciar con la mirada

la ciudad que yo amé desde pequeño,  
la de oro claro, la de azul sedeño,  
la de horizonte que parece ensueño.

(¡Cómo en mi amargo exilio me importuna  
la visión de mi valle, envuelto en luna,  
el brillo de cristal de mi laguna,

el arrabal polvoso y solitario,  
la fuente antigua, el toscó campanario,  
la roja iglesia, el bosque milenario!

(¡Cómo han sido mi angustia y mi desvelo,  
el panorama de zafir, el hielo  
de los volcanes decorando el cielo!)

Veré las avenidas relucientes,  
los parques melancólicos, las gentes  
que ante mí pasarán indiferentes.

O, tal vez sorprendido, alguien se asombre;  
y alguien se esfuerce en recordar mi nombre;  
y alguien murmure: ¡Yo conozco a ese hombre!

Iré como un sonámbulo; abstraído  
en la contemplación de lo que he sido,  
desde la sima en que me hundió el olvido.

Iré sereno, resignado y fuerte,  
mirando cómo transformó mi suerte  
la ingratitud, más dura que la muerte.

Y en el jardín del beso y de la cita,  
me sentaré en mi banca favorita,  
por ver el cielo y descansar mi cuita.

Entre la sombra, me dirán las flores:  
—¿Por qué no te acompañan tus amores?  
Tú eras feliz; resignate; no llores.—

Y en el jardín que la penumbra viste  
podré soñar en lo que ya no existe,  
y el corazón se sentirá más triste.

Evocaré los seres y las cosas,  
y cantarán, con voces milagrosas,  
las almas pensativas de las rosas.

Mas ni un mirar piadoso; ni un humano  
acento, ni una amiga, ni un hermano,  
ni una trémula mano entre mi mano.

Entonces, pensaré con alegría  
en que me ha de cubrir, pesada y fría,  
tierra sin flores, pero tierra mía.

Y tornaré de noche a la posada,  
y, al pedir blando sueño a la almohada,  
sintiendo irá la vida fatigada  
dolor, tristeza, paz, olvido, nada...!

En el fondo de un viejo parque.

A MANUEL MACHADO

... Y la imaginación, cual niña incauta,  
corre por el jardín de la quimera.  
No sabe adónde va; pero siquiera  
huyó, libre del yugo y de la pauta.

(Navega así por el Océano el nauta;  
sin miedo a la onda). Olor de primavera  
viene a mí, y en la brisa mañanera  
hay rumores de música de flauta.

¡Herido cisne, espíritu, suspende  
tus aleteos; el delirio esplende,  
y la esfinge va a hablar; oye y espera.

Calla el recuerdo y el dolor olvida,  
y en inocente libertad, la vida  
corre por el jardín de la quimera.

Madrid, julio 1916.

Junto a la fuente de un barrio.

A LUIS LEÓN DOMÍNGUEZ

Las fuentes viejas y los hombres buenos  
una emoción me causan parecida;  
el musgo en el brocal, la piedra hendida,  
y los perfiles del tazón, morenos.

Mas hace muchos años, de sus senos,  
brotar se ve, como por una herida,  
el agua virginal que nos convida  
con sus cristales limpios y serenos.

Todo en la fuente ha envejecido, menos  
el agua, la inmortal recién nacida...  
(¡Oh corazones de ternura llenos

manad amor, por la incurable herida!)  
¡Qué afinidad evocan, en mi vida,  
las fuentes viejas y los hombres buenos!

Madrid, octubre 26-1916,